

N.º 12 enero 2021

POÉTICAS

Revista de Estudios Literarios



ESTUDIOS

Ana Nadal Quirós
«CANTO VILLANO» DE BLANCA
VARELA: EL POEMA COMO ESPACIO
DE (RE)CONOCIMIENTO
Y TRASCENDENCIA

ARTÍCULOS

Carlos Ramírez Vuelas
CRÓNICAS DE FRANCISCO A.
DE ICAZA EN LAS POLÉMICAS
DEL MODERNISMO LITERARIO
EN MADRID

ENTREVISTA

Nieves García Prados
ENTREVISTA
CON ALLEN JOSEPHS

POÉTICAS

Revista de Estudios Literarios



ÍNDICE

Págs.

[ESTUDIOS]

Ana Nadal Quirós
«CANTO VILLANO» DE BLANCA VARELA:
EL POEMA COMO ESPACIO DE (RE)
CONOCIMIENTO Y TRASCENDENCIA 5

Edgar Tello García
EL CUERPO DE CLARICE
LISPECTOR O CÓMO SALVARSE
DE ESTE MUNDO 31

Bei Yao
LA IMAGINACIÓN MATERIAL EN
«HABITACIONES SEPARADAS»
DE LUIS GARCÍA MONTERO,
O LA POÉTICA DE LO IMAGINARIO
«VESTIDA CON VAQUEROS» 49

[ARTÍCULOS]

Carlos Ramírez Vuelas
CRÓNICAS DE FRANCISCO A.
DE ICAZA EN LAS POLÉMICAS DEL
MODERNISMO LITERARIO
EN MADRID 85

[POEMAS]

103 MARGARET RANDALL

[ENTREVISTA]

Nieves García Prados
ENTREVISTA
CON ALLEN JOSEPHS 111

[RESEÑAS]

Dan Coman
«EL INSECTARIO COMAN» 119

María Paz Moreno
«AMIGA DEL MONSTRUO» 125

Normas de publicación /
Publication guidelines 131

Equipo de evaluadores 2017-2021 139

Orden de suscripción 141

EL CUERPO DE CLARICE LISPECTOR O CÓMO SALVARSE DE ESTE MUNDO

—
CLARICE LISPECTOR'S BODY
OR HOW TO GET A REDEMPTION
—

Edgar Tello García
Universidad Autónoma de Barcelona
etello@xtec.cat

RESUMEN

PALABRAS CLAVE { Clarice Lispector, Objetos, Cosas, Remo Bodei, Trascendencia }

Este trabajo se pregunta por todas las investigaciones que han procurado una trascendencia a nuestras disquisiciones subjetivas. Por ello, nos preguntamos por el trabajo del intelecto, en cuanto se basa en abstracciones no empíricas. La búsqueda de una espiritualidad perdida, ¿logra algo más que un narcisismo egoísta? En este camino utilizamos el propio método empírico. Concluimos que pensando sobre el espíritu vamos a dar en el cuerpo del sentido. El trabajo está concebido como una lectura y homenaje a Clarice Lispector.

ABSTRACT

KEYWORDS { Clarice Lispector, Things, Objects, Remo Bodei, Transcendence }

This work asks for the transcendence we inherit from philosophical investigations. We question intellectual abstraction, as they follow non empirical methods. Looking for some lost spirituality, do we find something more as a kind of selfish narcissism. We try to shed some light upon these

Fecha de recepción: 31/03/2020 Fecha de aceptación: 23/05/2020

questions by using some empirical methodology. We conclude that thinking of our spirits we find the body of sense(s). This work is conceived as a homage to Clarice Lispector.

Tengo ganas de no hablar de ella, de escucharla escribir, de escuchar la música densa húmeda silenciosa de su paso de escritura (Cixous, 2001: 132)

«Mi pregunta, si la tenía, no era: «quién soy», sino «entre quiénes soy»», escribe Clarice Lispector (2018: 25) con su profunda pasión. Sus trabajos minan con sus palabras las posibilidades de la verdad y afabilidad. Sus palabras no son pocas: para decirnos que no hay palabras, escribe con palabras que se acumulan, aunque nunca sean suficientes para comprenderla, hasta el punto de que es difícil sustraerla a los infinitos límites impuestos por la crítica. Si la comprendiéramos la perderíamos, porque en su prosa hay una querencia hacia las verdades que sólo emanan a través de opuestos, en el momento del desprendimiento último, a «la hora de la estrella»¹. ¿Cómo escribir entre sus frases si no se hace desde una posición resguardada por la poesía que, paradójicamente, se pretende descifrar? Si la «verdad» que rodea su discurso fuera descubierta, perderíamos su *gracia*, el don y la gratitud posible. «Quiero la verdad que solo me es dada a través de su opuesto, la no verdad». (Lispector, 2015: 20).

El universo capitalista, incluso corregiría de manera tajante a Lispector: lo importante no es «entre quiénes» somos sino, más bien, «entre qué cosas» somos. Al final, la modernidad, con sus epígonos, sin la necesidad de ataques, simplemente por su capacidad de acumulación y almacenamiento, se vuelve ingravida, y no

1. «Nadie le enseñaría un día a morir: sin duda que iba a morir un día como si antes se hubiese estudiado el papel de la estrella. Porque en la hora de la muerte uno se vuelve como una brillante estrella de cine, es el instante de gloria de cada uno y se parece al momento en que en el canto coral se oyen agudos sibilantes» (2014: 31).

dice nada para aquellos/as que no deseen recoger los fragmentos en una narración «con sentido». Su significación es la falta de sentido y los contrastes que de esa implosión dual podemos entretejer conforman nuestro mundo ingrátido, que se desvanece en el aire, según la repetida frase de Marx². A lo largo de su obra, Lispector insiste en que, en algún momento, las cosas acabarán revelándose. Insiste tanto como los alquimistas en la posibilidad de su ciencia. Al cabo, la obstinación revela lo que sospechamos: la «cosa en sí» no es más que otra opinión velada bajo la forma del prejuicio. La cosa en sí, sigue siendo una cosa, y nosotros la llamamos objeto. Como las opiniones, los objetos son infinitos y la razón no puede contenerlos en los esquemas que nos salvan del miedo a las pérdidas. En la pérdida del miedo también hay alegría, nos recuerda Hélène Cixous (2001: 129). La traducción que hace el sujeto pensante del fenómeno que experimenta no es más que una triste traición: «las cosas eran difíciles porque, si se explicasen, no pasarían de incomprensibles a comprensibles sino de una naturaleza a otra. Solo la mirada no las alteraba». (Lispector, 2016: 89). Fija su mirada en lo incomprensible, pero no al modo de la teóricos del Romanticismo a la búsqueda de la otredad «unverständlich», sino que la autora no permite que nuestra mirada sea ajena al relato que «cae en el discurso». (Lispector, 2015: 23), y nos obliga a rompernos en el espacio que hay entre inspiración y expiración, pues logra hallar ahí la transformación en lo Otro. Es, por tanto, y pese a toda su vitalidad, una poética de la muerte que debe permanecer impregnada de lo oculto, sin analizarla demasiado, sólo lo justo para saborearla: «Hundir el cuchillo en la carne le excitaba. Ambos salieron de la carnicería satisfechos. Sin embargo, ella se preguntaba: ¿qué gusto tendrá esa carne?». (Lispector, 2014: 58-9). ¿Y qué gusto tendrían sus pa-

2. Sigo a Lispector: «Sólo después iba yo a entender: lo que parece falta de sentido es el sentido. Todo momento de 'falta de sentido' es exactamente la aterradora certidumbre de que allí hay un sentido, y que no solamente no capto, sino que no quiero porque no tengo garantías». (Lispector, 2018: 32).

labras, si nos las pudiéramos comer? La respuesta: no sufrirían la misma descomposición que las del lenguaje recto.

En el discurso recto, aquí, de hecho, ¿a quién le importa lo que vayamos a decir, suponiendo que tuviéramos algo que decir, tras esta inicial petición de principios? Lo ideal, si somos coherentes, sería presentarnos ante el posible público de estos artículos académicos (un público inexistente) y «dejarnos ver», permitir ser mirados con atención por nuestros videntes. ¿Y, si fuera así, si alguien deseara escuchar, qué quedaría de todo lo dicho y pensado en unos segundos? Lispector nos habla de la pregunta que es posterior a la respuesta (2014: 118). Para responder a esa pregunta debemos realizar un robo, el robo de un corcel, que nos aleje, mientras todavía haya tiempo, de este mundo de los objetos: es posible que al robar el corcel tuviéramos que matar al Rey (2014: 111). El esfuerzo tecnológico consistirá en encontrar lo buscado entre excrementos previamente digeridos y comunicaciones frustradas por el empacho de la autorreferencia. Los tecnófobos, en cambio, creemos que ese resto que incluirá los rudimentarios pensamientos de los australopitecos que se morían de frío en invierno sin pensar, ni existir; el estremecimiento de la primera mujer que acarició un gato; el moribundo que fue consciente, por segunda vez de que iba a morir en una lucha estúpida, todos ellos y todas ellas quedaban enterradas en nuestro presente imaginado. Se llame así, o se llame lugar del entre, «inconsciente colectivo»; «espacio nictológico». (Gilbert Durand), en este mundo del espíritu la nada astral perdura. En este espacio sujeto a una mirada constantemente relevada «la mente puede presentarse, quizá, si no como una especie de rival de la vida, sí como una expresión de descomposición de la vida en sí misma, que ya no sigue, sin cuestionamientos, sus caminos habituales, sino que imagina un mundo creado por ella misma». (Gadamer, 2017: 72).

No debemos alcanzar una nada ataráxica para que la formación de este nuevo mundo sea lo más justa posible, pero sí alejarnos de la sencillez del altruismo. «La bondad me da ganas de vomitar», diría la narradora de *Cerca del corazón salvaje*. La verdad

es impasible y sólo su luz revela algún objeto existente. En ocasiones sorprendemos el símbolo de las cosas en las propias cosas. Y ese símbolo, da la impresión, es un símbolo profético del mal, una imagen del porvenir apocalíptico. El horror es saber que ese mundo es cierto, y que sea más fácil encontrar el rostro de Dios en este mundo inventado que en el marasmo cotidiano de estadísticas y aplicaciones. Regresar a las palabras, y a su insignificancia elevada a *dictum*, es la tarea de los locos y las locas, del ático, de los gatos, de los que se esconden en los comités de empresa, en sesudos debates, o en el metro de camino al trabajo. «Todo caso de locura es que algo ha regresado». (Lispector, 2018: 62). Re-producimos, re-petimos (volvemos a pedir) el sentido, re-creamos, y ello es lo que, más allá de la claridad y la corrección, nos vuelve hermosos, porque re-generamos las viejas palabras de la tribu, como si la tribu supiera algo que nosotros/as hemos olvidado. ¿Qué saben esos ancestros que nosotros no sabemos? Que «la humanidad está impregnada de humanización, como si fuese necesario». (Lispector, 2018: 134), como si el proyecto individual de ser ciudadanos, o no, tuviera que expandirse a sistemas y racionalizaciones violentas. ¿Pero hasta qué punto estamos paranoicamente controlados y hasta qué punto lo están nuestras palabras? La comprensión de esta pregunta es el inicio de la acumulación de palabras, que se marchitan, que no significan nada, que se vuelven rancias, pero que son las únicas que nos salvan. En fin, con esta idea se comprende que la trascendencia es «la cosa misma». Que no es necesario trascender más. Con una palabra bastaría. La relación que se establece con el mundo narrado no es otra que una relación vertical de afecto piadoso: «la piedad es mi forma de amor. De odio y de comunicación», explica el personaje de Juana en *Cerca del corazón salvaje* (2019: 30). Para que el mundo se sustente y la certeza de que se está viviendo en él exista la autora inventa la ilusión de alegría, que viene consecuentemente tras la piedad. Estos juegos lingüísticos no dejan de tener su engaño (otro más), y la autora, en busca de esa revelación simbólica se recrimina constantemente el artificio: «¿por qué no usar las palabras propias y enmarañarme

y envolverme en imágenes?» (2019: 85). Tanto es así que tal revelación sólo surge cuando la técnica es de una pasividad absoluta, cuando permitimos la expresión del otro, por torpe e incomprensible que esta sea (2019: 88). Decir es preciso, pero más preciso es esperar a ser dicha.

Puede quedar un resto de todo este proceso de revestimiento, espera y, acaso, descubrimiento de lo emanado y renacimiento en el símbolo, sin embargo, el mejor lugar donde encontrarlo no es en el espíritu, sino en el cuerpo, que nos permite volver constantemente a la dicotomía textual y sexual: «hay cosas indestructibles que acompañan el cuerpo hasta la muerte con él. Y una de esas es lo que surge entre un hombre y una mujer que viven juntos ciertos momentos» (*Cerca del corazón salvaje*, 122). La narradora que es Lispector busca el *Erlebnis*, o la experiencia redentora, que sólo halla, al fin, en pequeñas marcas de nacimiento que hablan de intervalos vacíos y desapegados del tiempo cronológico.

Construimos con el pensamiento, y vivimos en un mundo virtual plenamente intelectualizado y sensible. La frase que nos da la narradora de la ciudad sitiada es oprimiente. Nos regimos por formas y cuerpos, en la ausencia del espíritu. «Cuando una cosa no pensaba, la forma que tenía era su pensamiento». (Lispector, *La ciudad sitiada*, 2016: 60). El trabajo de los humanos es un trabajo de reconstrucción, con la finalidad de comprensión, de existencia. Lo que no se entiende no existe: «el valor, sin embargo, era decidirse a comenzar. Mientras no empezase la ciudad seguiría intacta. Y bastaría empezar a mirar para romperla en mil pedazos que no sabría juntar después. Era una paciencia de construir y demoler y construir otra vez y de saber que podría morir un día exactamente cuando, al construir, hubiera demolido». (Lispector, *La ciudad sitiada*, 2016: 60).

¿Pero qué queda de esa(s) palabra(s), realmente? ¿O en qué nos afecta, en este universo teleológico? Sombras en nuestras suposiciones, una herencia ciertamente heurística y el símbolo, poderoso, a la par que reducido en cualquier explicación. Lo «expliegos» («desplegamos») en escritos y en films, y todo ello

retorna a su centro de silencio, excepto en el viejo aquí, el ahora de los manuales que buscan, como ladrones, algo de la moderna felicidad negociada.

Retengo una imagen feliz. Mi padre abrigado y fumando su puro en Caldes de Malavella, el día de Año Nuevo, bien entrada la madrugada. La sensación de frío era tan afilada que me impedía salir a hacerle compañía, a solidarizarme con el pobre fumador que se acercaba con paso dubitativo al final de su tramo vital. Comprender en el ver, viendo, eso es ser. Y, por definición, el ser es bello y horrible, lo uno junto a lo otro, en su trascendencia entre la realidad y lo que consideramos la divinidad Real. «Amor era entonces lo que yo entendía de una palabra. Pero hay algo que es preciso decir, es preciso decir [sic.]». (Lispector 2018: 100). Lo que es horrible es lo no dicho, porque no ha sido vivido, necesario como el silencio para la vida. Se trata de una nueva ausencia de vida, que no tiene nada que ver con lo que acostumbrábamos a llamar la vida, pero que es precisamente la vida. Ya está más de mil veces dicho, pero ¿y si toda la vida no fuese más que un sueño? Si esto es lo que nos diferencia de la animalidad pura, ¿no estamos convencidos ya de que estamos ante un error garrafal? Somos animales, en cambio, con manos para tocar, y para realizar complejas cirugías, también, que van siendo abandonadas por imperfectas. La perfección es la máquina. Si la diferencia con máquinas y animales no humanos es la solemnidad, entonces no hay diferencia: somos igual de solemnes. Nuestros rituales también son idénticos. Lo que nos distinguía eran las perturbaciones en los rituales, las fluctuaciones de personalidad y de acción, en fin, la ausencia de fiabilidad al no corresponder con nuestra vida en la vida. ¿Qué veía yo en mi padre, que podría no haber sido visto? ¿Qué era recuperable de mí, de él, como humanos? ¿La posibilidad de que el tono de este escrito se divida de manera esquizoide?

Desearíamos quedar(nos) un poco más; o, incluso, que nuestra voz se escuchara un poco más alto que las demás, a pesar de la arrogancia que condena al ostracismo. No se nos ocurre otra forma de hablar que la hermética, incomprensible, y, en última ins-

tancia, irónica, plagada de significados indirectos, opacos, siempre diferentes y ajenos. Hablar rechazándose y con una intención bien distinta. Aún así, este pensamiento desaparecerá con su eco de éxitos sin proporcionar el fruto de la nada, que sólo puede obtenerse en el silencio radical.

Perduran los poderosos, y los que destacan entre las capas inferiores, acaso sea con el permiso de los poderosos. Conjuras y revoluciones han quedado fijadas en eslóganes de hermosas camisetas. Hace casi un siglo que no existe más que la reproducción mecánica, a pesar de que pretendemos ir resucitando los viejos dioses espectrales. Lo que realmente perdura es lo fugitivo, mientras que las etapas historizadas en formol desaparecen a un ritmo vertiginoso. Buscamos métodos para que el compostaje de los textos perdure en la vida. ¿Pero qué ocurriría si apagásemos todos los cerebros y todas las formas de consciencia por medio de alguna bomba técnica? ¿Ha sucedido ya? ¿Qué si todo se borrara por arte de un universal y terrible Alzheimer? ¿Y qué si lo que nos empujara a sentirnos vivos, fuera lo que fuese, se fundiera con un pequeño chispazo de absoluto?

No sé si la respuesta está en el inconsciente. Si dormimos (*imago mortis*) nos recreamos en ese espacio en el que queda todo lo que fue, lo posible y los filtros del miedo y la represión desatados. En ese altermundo no hay ilusiones, ni control. La vida como el horizonte de todas las posibilidades es más bien imposible, porque hay algo de lucidez paradójica en cada sueño, por profundo y verosímil que este sea. Nos resulta difícil perdurar en lo inconsciente, más allá de las divertidas distopías que nos seducen. Nos relacionamos con gente desconocida durante un esfuerzo que podemos soportar, pero no más. Mientras lo escribo hay convencimiento y autoengaño, pero no hay contra-argumentación *aquí*. He firmado un pacto de ficción conmigo, pese a que todavía quiero saber por qué lo he firmado y qué gano dejándome engañar, porque todavía mantengo, *aquí*, la ilusión por ganar algo.

En esta sociedad en la que queremos recordar, el cuerpo es el signo y el significante. ¿Entonces, por qué perdemos el tiempo?

¿Por qué apenas no recordamos nada de los primeros años de vida? «No conocemos ni concebimos y ni tan siquiera imaginamos algo que no sea el cuerpo significante. El cuerpo del que tampoco importa que esté aquí, que sea el aquí o el ahí de un lugar, pero del que importa que opere primeramente en tanto que lugarteniente y vicario de un sentido». (Nancy, 2016: 51). Concebimos su «dentro» como el espíritu. Pero más que el cuerpo, lo preciso para el recuerdo es el oyente, o el vidente del cuerpo. Aquel que lo ha tocado y lo ha visto y sentido (Nancy, 2006: 18). «Escribo porque no tengo nada que hacer en el mundo: estoy de sobra y no hay lugar para mí en la tierra de los hombres. Escribo por mi desesperación y mi cansancio, ya no soporto la rutina de ser yo, y si no existiese la novedad continua que es escribir, me moriría simbólicamente todos los días [...]». (Lispector, 2014: 22). ¿Y qué les queda a los demás, a sus lectores y lectoras? No resistirse demasiado.

Acaso logre permanecer intelectualmente, entre estos cuerpos efímeros, Remo Bodei. Más bien, perdurará el cuerpo de Remo Bodei, es decir, la producción de su pensamiento a través de sus ensayos publicados. Nadie logra fijar el sentido, «la cosa en sí», de una manera más bella y perdurable, sin caer en los reduccionismos de cualquier escritura: «los hombres desean ser reconocidos y también amados, pero la dialéctica del reconocimiento, que desemboca en la creación de un yo autónomo, capaz de englobar en sí la alteridad y de convivir con ella, es un fenómeno relativamente reciente». (Bodei, 2014: 261). Pero las *cosas*, por muy *en sí* que sean, también son efímeras para nosotros. Si, como sostiene Gadamer, «toda interpretación correcta debe guardarse de la arbitrariedad de las ocurrencias y de la limitación de los hábitos mentales inadvertidos», no se está buscando sino esa concordancia del pensamiento con la trascendencia (alteridad), con el fin de alcanzar el sentido divino, que hoy tiende a denominarse científico. (Gadamer, 2015: 66). No conozco otra propuesta mejor que el punto intermedio fijado por Bodei: al convivir con la alteridad, «ocurrencias», «opiniones» y «pensamientos» poseen

un cuerpo mucho más saludable y duradero que el de cualquier otro ensayista que pretendiera fijar una objetividad, evitando el desangramiento temporal. Gadamer insiste, siguiendo a Heidegger, en que el círculo hermenéutico es positivo y no «un círculo vicioso», algo con lo que el pesimismo deconstruccionista no estaría tan de acuerdo. Para Gadamer, la cosa en sí, debe revelarse en algún instante final, dejando en un segundo plano los prejuicios y las opiniones suscitada e inevitables durante el proceso. Su insistencia es parecida a la de los teósofos que predicán la «verdad» de su religión. No obstante, la cosa en sí no es más que una serie de prejuicios y opiniones transformados, *alterados* en el delirio del que nos avisa Bodei (o el mismo Gadamer en otro de sus trabajos sobre *El estado oculto de la salud*). Gadamer habla de «la necesidad de abstracción sobre los prejuicios incontrolables» (ibid., 2015: 68), pero lo cierto es que esa elevación hacia lo empírico no persigue (o no logra) otra finalidad que un nuevo estatuto: el de la autoridad censora creadora del canon. «El hecho de que aún se pueda hablar de un lenguaje de las cosas nos recuerda lo que son las cosas en realidad: un material que se usa y se consume; no una herramienta que se utiliza y se deja de lado, sino algo que tiene consistencia en sí y es “empujado hacia la nada” (Heidegger)». (Gadamer, 2015: 73). Si, por tanto, todo objetivismo historicista posee algo de eunuco, como afirmaba Droysen, la parte investigadora tiene su parte de teología mística. Así, podemos concluir la cuestión junto al propio Gadamer: toda comprensión no es sino «autocomprensión», autorreferente, o *selbsverständnis*. Así, «la verdadera cuestión no es cómo se puede comprender el ser, sino cómo la comprensión es ser». (Gadamer, 2015: 125). Teniendo en cuenta que sólo podemos comprendernos a través de las palabras, en el sentido bíblico que le damos a la palabra lógica. El juicio, asimismo, necesita de la imaginación para generar estrategias éticas. La imaginación, compañera de la ficción, es aquella que nos acerca a la alteridad trascendente de la realidad y nos permite comprenderla. Es lo que permite al yo, «suspendido entre la realidad y la irrealidad, en la frontera entre

el mundo lógico-perceptivo y el mundo fantástico, durar y reunirse consigo mismo». (Bodei, 2014: 131).

«El delirante no sólo desea abandonar una realidad hostil, negando tercamente todo lo que contradice su delirio. Para evitar el sufrimiento —a la vista de una inminente catástrofe real o presagiada— reconstruye el mundo en el que ha vivido hasta entonces sirviéndose de los materiales a su disposición» (Bodei, 2002: 39). ¿No es toda la escritura una forma de delirio, entonces? El que lea estas líneas, la que lea estas líneas, actúa a modo de terapeuta y nadie le paga su *salario*. ¿Pero todavía estás ahí? «Antes de plantearnos cómo ha llegado la sal a adquirir la significación de semen, es justo constatar que durante siglos ha tenido un significado específico como tal». (Erikson, 1979: 186). En este camino la soledad es el cauce indicado para el soliloquio gratuito.

El lector ideal, por tanto, nos cura no recibe su sal/semen, en pago, que de una manera freudiana podría efectuar la verdadera cura de todo lo que ha quedado reprimido. Hermes, Pitágoras, Leibniz, Pico della Mirandola, Swedenborg, Paracelso, Madame Blavatsky, Jámblico, todos ellos trataban de cifrar el secreto de esta cura, para el usufructo individual. En cierto modo, la mística conlleva un egoísmo individualista y el capitalismo ya ha hundido sus raíces esmaragdinas en la nueva religión del Imperio de la Felicidad. «No hay religión más alta que la verdad», decían los teósofos. ¿Y qué sentido tienen todas estas citas, si no existen en un sentido ruinoso, benjaminiano? Las citas alimentan el mercado de las revistas académicas y pagan su salario. El único interés que poseen es el alivio momentáneo del que las inscribe en un discurso. Es el *Fragmentenworke* que nunca alcanza su kerigma. Lo esperamos en vano y vamos hacia su centro sin movernos de la periferia. Se presta atención a lo exotérico de lo simbólico, a la hipotenusa de Pitágoras, al cero de Leibniz, y después se fijan significados reducidos a la espera de la siguiente generación; mientras, lo esotérico sigue esperando su sentido. Hay alguien vivo al que esto *todavía* le preocupa.

Cuando menos, Freud proporciona el alivio fálico. Lo sexual puede ser saciado porque el sexo es la mística para todos. El hermano bastardo del amor intelectual. Al margen de nuestros estudios, y a pesar del ruido, podemos soñar con un falo que es bien real, aunque nos dé un poco de reparo reconocerlo.

Olvidamos que el intelecto humano es una potente herramienta de abstracción frente a una naturaleza arbitraria. Las inferencias y revelaciones que de ahí extraigamos son igualmente arbitraria: el milagro, por tanto, es la reintegración coincidente de la armonía entre la capacidad de abstracción dirigida por un sujeto, y la arbitrariedad de las cosas. El cuerpo se posiciona en ese ámbito señalando un camino de sentidos, por lo que nos hallamos ante la nueva paradoja de que este milagro de relación no tiene nada de espiritual, sino que es bien corpóreo (o, al menos, su primera sinapsis lo es). La hipóstasis del sentido no es una posibilidad, sino que el único medio para la individuación. «La convulsión de la significación le quita todo el cuerpo al cuerpo». (Nancy, 2016: 51). Pero esta convulsión es constante y porque es la manera en que el cuerpo busca su supervivencia última, en su sentido, e «incluso se podría pensar que el advenimiento religioso o teofánico es un antídoto de la historia, una promesa y una alianza contra la muerte, una “resurrección”», nos recuerda Gilbert Durand en una de las conferencias de Eranos (Durand, 2011: 58).

La bisectriz ante la que nos sitúa Lispector es la de la posibilidad de estar ante un discurso pleno carente de sentido, descubriendo, a la par, en la falta de sentido, el sentido pleno. A medida que se preocupa la autora por el sentido de las palabras, como si en ellas pudiera encontrar una especie de redención, a la que tampoco dota de importancia, y es en este sutil descuido donde su prosa encuentra las profundidades de la primera inocencia artística —precisamente en los tiempo en que dicha inocencia parecía radicalmente desterrada: «Le gustó la imagen que había obtenido, como la luciérnaga que se esfuma... y notó que por primera vez en su vida había pensado en una luciérnaga y sin embargo había vivido tanto tiempo junto a ellas... Reflexionó confusamente

sobre el placer de pensar en algo por primera vez» (La lámpara, 2017: 92). El recurso de la antítesis, con los extrañamientos que conlleva puede detectarse asiduamente: «La hora de vivir es tan infernalmente inexpresiva que es la nada. Aquello que yo llamaba “nada” estaba, no obstante, tan pegado a mí que era... ¿yo?». (Lispector, 2018: 68). No obstante, es justamente en la exégesis de sus textos que nos damos cuenta de la futilidad de la empresa. Sólo autoras (casi) a su altura, como Héléne Cixous, pueden enfrentarse a un texto que nos habla de lo absurdo de los materiales de desecho, vaciados de sentido, con los que forjamos el orden del discurso académico. Y, si hablamos de una sensibilidad especial para percibir los matices de su prosa, también podríamos decir que, «qué aburrida era la comprensión de los otros». (Lispector, 2017: 101). En cualquier caso, no sabemos qué frases salvar de entre un mundo compuesto de ruinas, ironías, y atisbos de pureza. En tal universo crítico: «Es necesario llegar a una nada tal que con indiferencia se ame o no se ame al delincuente que nos mata». (Lispector, 2014: 90). Este tipo de discurso académico sorprende a los/as narradores/as y, al cabo, no sabemos para quién escribimos, para qué, si no es para el interrogante con el que nos cuestionan los personajes de Lispector. La manera de saborear su literatura, no cabe dudas en ellos, es la de dejarse llevar evitando la búsqueda del dominio de los textos. Lo explica mejor Marta Tafalla, vacunándonos, en cierto modo, con una actualización de unos textos escritos para una humanidad en busca de sentidos:

Quando un ser humano escribe poemas, admira las estrellas y elabora perfumes, sigue siendo un primate, sigue siendo un mamífero, sigue siendo un animal. Y, en realidad, eso es lo fascinante. Ser un mamífero al que la evolución ha regalado la capacidad de escribir poemas y elaborar perfumes es una historia más fabulosa que ser un alma de otro reino atrapada en un cuerpo pecaminoso que debe reprimir. No hace falta olvidar que somos animales para gozar de los placeres estéticos. Somos primates, siéndolo, podemos también admirar las estrellas. Si la realidad es tan profundamente fascinante ¿para qué inventarse una fantasía tan superficial? Si re-

nunciamos al dominio, podremos liberarnos del mal cuento del dualismo. (Tafalla, 2019: 92).

Para la confusión entre bondad y animalidad debemos entender que el reino de lo abierto es un universo lleno de depredadores y de relaciones simbióticas que alejan de la carnaza de la cosa en sí. Para leer animalmente es preciso oler las hojas, escuchar la musicalidad del texto, e incluso comer la página con el fin de que se nos deshaga en el interior y se transforme en parte de nuestras células.³ Que este proceso surja de manera artificial. Por medio de una escritura plenamente consciente y técnica, no es obstáculo para que el símbolo se manifieste de manera cruda y «real». Este tipo de encrucijadas filosóficas acaban volviendo plausible la idea de que tal vez nuestra vida no se describa bien por medio del término «real», o que sea más «artificial» de lo que pensamos, mientras andamos distraídos/as con diversos estímulos. ¿Cuál es entonces la realidad de la escritura? En *Cerca del corazón salvaje* es donde más cerca estamos de comprender (y, por tanto, de no comprender) las claves de su escritura no dual: «porque si yo digo, la tía come con el tío, no hago vivir nada. Lo mismo si digo: voy a pasear, y me paseo... y nada existe. Pero si digo, por ejemplo: flores encima de la tumba, de repente surge una cosa que no existía antes de que yo pensara flores encima de la tumba. Y con la música, lo mismo. ¿Por qué no tocaba sola todas las músicas que existían?». (Lispector, 2019: 47). Lo más cerca que estamos de esa brecha hacia la consciencia plena es el proceso de concentración que conduce del pensamiento a la acción, pero reduciéndolo a ese instante preciso de la conversión de la

3. Esta es una de las búsquedas constantes de Lispector, a través de la escritura: «Una puerta abierta balanceándose de allá para acá, rechinando en el silencio de una tarde... Y de repente, rechinando en el silencio de una tarde... Y de repente, allí estaba la cosa verdadera. Un retrato antiguo de alguien a quien no se conoce y nunca se reconocerá porque el retrato es antiguo o porque el retratado se convirtió en polvo [...] Para tener una visión, la cosa no necesitaba ser triste o alegre o manifestarse [...]. La visión consistía en sorprender el símbolo de las cosas en las propias cosas». (Lispector, 2019: 51).

«cosa» en «símbolo». ¿Cómo leer a Lispector? Es una pregunta que cada lector/a habrá respondido a su modo. Una de las más aceptadas sería la de Cixous (2001: 130), a quien ya hemos mencionado: «no he proyectado en ella ningún deseo, ninguna red, ningún temor. No la he parado. No la he puesto delante de una de mis personas. No le he dirigido una oración. ¿No la había ya encontrado?». A nuestro modo de ver, se trataría de una poética de la no-lectura, entendiendo esta última como una imposición a la que el régimen patriarcal nos tiene acostumbrados/as según el canon y las tradiciones exegéticas. No «enfrentarnos» a los textos. No utilizar personas, ni yoes poéticos, según las fórmulas humanistas inventadas por arquetípicos hombres. No deja de resonar la solución propuesta en *La pasión según G.H.*: alimentémonos con el texto, busquemos, tras la atenta observación, la fusión con el mismo. Contentémonos con este sucedáneo, hipóstasis del propio cuerpo de Lispector, que ha escrito para salvarnos. Probémoslo, mastiquémoslo en la boca, sin ningún tipo de metáforas. Volvamos a la tradición olvidada de las trobairitz, Santa Teresa y Sor Juana Inés. Y deshagámoslo todo de una manera creativa, sin bondades cristianas.

«Porque la mejor frase, e incluso la primera, era: la bondad me da ganas de vomitar. La verdad era tibia y sin consistencia, olía a carne cruda guardada mucho tiempo. Sin que llegara a pudrirse enteramente pese a todo. De vez en cuando la refrescaban, le echaban un poco de condimento, el suficiente para conservarla como un pedazo de carne tibia y quieta». (Lispector, *Cerca del corazón salvaje* 2019: 27). La experiencia estética es la experiencia sensual: que nadie espere una objetivación fija de una realidad percibida como fenómeno estático. Por el contrario, cuando los objetos son percibidos por un sujeto animal cobran vida, como parte de este organismo vivo, con el que se relacionan de una manera que puede equivocarnos a pensar en el fetiche: «se comunicaba en silencio con los objetos de su alrededor con una manía tenaz y desprevenida que sin embargo era su manera más interior y verdadera de existir». (Lispector, 2017: 130).

También podemos repetir la canción de la escritura femenina o judía (más que feminista) que Lispector crea en su prosa. Sería cierto si entendemos esta ruptura como una ruptura radical con el sentido tradicional de comprensión y desciframiento de los textos. Benjamin Moser (2017: 17) relaciona esta prosa con la cábala y la mística judía, poniendo en el pórtico de su biografía sobre Lispector una cita de Abulafia. La poética de la lectura, si podemos denominarla así, consistiría en disfrutar de los sonidos y de las letras que componen cada página, hasta que, al fin, una lectura atentísima, o iniciada, podría percibir las letras de fuego y los nombres sagrados, tan cerca del ósculo divino (y mortal). Por suerte, con esta tipología de discursos científicos, nada debemos avanzar. Por desgracia, acumularemos textos académicos, como detritus, en esta carrera científicista hacia el regreso. Parafraseando a Szymborska, en esta carrera, la advertencia de «no pisar el césped» resulta una advertencia delirante.

BIBLIOGRAFÍA

- Bodei, Remo (2002). *Lógicas del delirio. Razón, afectos, locura*. Trad: Pepa Linares. Madrid: Cátedra.
- Bodei, Remo (2014). *Imaginar otras vidas. Realidades, proyectos y deseos*. Trad. María Pons. Barcelona: Herder.
- Cixous, Hélène (2001). *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*. Trad. Ana María Moix. Barcelona: Anthropos.
- Durand, Gilbert (2011). *La crisis espiritual en Occidente. Las conferencias de Eranos*. Trad. Alain Verjat. Madrid: Siruela.
- Erik Erikson (1979). *Historia personal y circunstancia histórica*. Trad. Leopoldo Lovelace. Madrid: Alianza.
- Gadamer, H.G. (2015). *Verdad y método. II*. Trad. Manuel Olasategui. Salamanca: Sígueme.

- Gadamer, H.G. (2017). *El estado oculto de la salud*. Trad. Nélide Machain. Barcelona: Gedisa.
- Lispector, Clarice (2014). *La hora de la estrella*. Trad. Ana Poljak. Madrid: Siruela.
- Lispector, Clarice (2015). *Un soplo de vida*. Trad. Mario Merlino. Madrid: Siruela.
- Lispector, Clarice (2016). *La ciudad sitiada*. Trad. Elena Losada. Madrid: Siruela.1949.
- Lispector, Clarice (2017). *La lámpara*. Trad. Elena Losada. Madrid: Siruela. 1946.
- Lispector, Clarice (2018). *La pasión según G.H.* Trad. Alberto Villalba. Madrid: Siruela.
- Lispector, Clarice (2019). *Cerca del corazón salvaje*. Trad. Basilio Losada. Madrid: Siruela.1944.
- Moser, Benjamin (2017). *Por qué este mundo. Una biografía de Clarice Lispector*. Trad. Cristina Sánchez-Andrade. Madrid: Siruela.
- Nancy, Jean-Luc. (2006). *Noli me tangere. Ensayo sobre el levantamiento del cuerpo*. Trad. María Tabuyo y Agustín López. Madrid: Trotta.
- Nancy, Jean-Luc. (2016). *Corpus*. Trad. Patricio Bulnes. Madrid: Arena Libros. 1992.
- Tafalla, Marta (2019). *Ecoanimal. Una estética plurisensorial, ecologista y animalista*. Barcelona: Plaza y Valdés.